



## XVII

### Los juegos.

**E**L juego recreativo de los niños nace espontáneo por que es natural; evitar al niño que corra, salte, grite, gesticule y alborote, es la mayor de las iniquidades y el peor de los martirios; resulta parecido á la barbarie de cortar las alas á los pájaros, equivale á querer un reloj sin cuerda, un polichinela sin cascabeles, ó una flauta sin agujeros; pero no habrá de confundirse el juego libre y bullicioso con el ejercicio gimnástico reglamentado; éste produce resultados positivos y negativos á la vez; porque los movimientos regulados, necesariamente menos diversos que los que nacen de los juegos infantiles, no aseguran una distribución igual de la actividad entre todas las partes del cuerpo, de lo cual depende que el ejercicio recaiga sobre un punto determinado del sistema muscular, fatigándole más pronto que bajo la acción del otro procedimiento; sabido se

CAPÍTULO DE FANTASÍA

está que la gimnasia con aparatos lleva, si se persiste mucho en ciertos ejercicios, á un desenvolvimiento desproporcionado de determinados músculos del cuerpo; por otra parte, como no van acompañados estos ejercicios de placer, son menos saludables, y lo que debiera ser un recreo parece un suplicio.

De aquí que la gimnasia sea inferior al juego libre como cantidad de ejercicio muscular, y que á los niños gusten más el juego al toro, á las *canicas* y á la rayuela, que el ejercicio de los movimientos acompasados de la gimnasia.

Los niños sienten interés vivísimo por el juego como goce desordenado; la naturaleza misma indica esas manifestaciones en un derroche de fuerza nerviosa, desprendida de cada niño, cuando se encuentra libre de los mandatos de la severa vigilancia y de la monotonía de la disciplina escolar.

En todo se ha imitado á los griegos, menos en la educación física de la juventud.

Aristófanés promete á un joven ateniense que siga sus buenos consejos, la bella salud y la bella gimnástica: «tendrás—le dice—siempre el pecho lleno, blanca la piel, anchas las espaldas, robustas las piernas. . . vivirás bello y floreciente en las palestras; irás á la Academia á ponerte á la sombra de los olivos sagrados, con una corona de juncos y flores en la cabeza, con un discreto amigo de tu edad y de tu elección, perfumado por el buen olor del *smilax* y del álamo lleno de brotes, gozando de la primavera cuando murmura el plátano después del olmo.»

Estos serán placeres de un caballo de raza, hoy que más nos preocupamos por la engorda del ganado porcino y por la cría del vacuno y caballar que con la salud, higiene y belleza física de nuestros hijos. El vestido nos sirve para ocultar nuestras deformidades con nuestra enjutez de carnes, y es la cabeza la que lucimos y reverenciamos á modo del casco de Mambrino de aquel hidalgo Manchego que aún trótea, al cabo de siglos, entre todas las literaturas; por inercia—no por fanatismo como los ascetas de la Tebaida—

abandonamos el cuerpo á una postración patológica y á un apoltronamiento nocivo.

Cuando oigo á un padre—severo como un Catón el Censor falsificado—gritar á su hijo:

¡Eh! ¡quieto. . . . .! ¡A ver si te dejas de carreras!—parece-me que un coleccionista toma una mariposa por las alas y la clava con un alfiler sobre el numerado papel de una serie zoológica.

¡No!

El juego es necesario recurso para que el niño desarrolle al par que su ser físico sus facultades intelectuales.

La trepa á los árboles, el salto ligero, la carrera rápida, el grito prolongado, la carcajada ruidosa, el gesto iracundo, son manifestaciones de fuerza nerviosa que hace explosión en el temperamento del niño.

No es preciso de mucho aparato ni de costosos y brillantes juguetes para que el niño ponga en acción el sistema muscular y esparza el espíritu: el *palo* de escoba que sirve de cabalgadura, la pluma que vuela, la pelota que percute, el aro que rueda, la flecha que se dispara, las *canicas* que rebotan, el trompo que baila, son recursos siempre á mano para el juego.

Hay cierta intuición en el niño tanto para elegir compañeros de juego como para escoger la época de señalados divertimientos: cuando las ráfagas caldeadas del sur tuestan las hojas nuevas de los árboles y encrespan las casi siempre tranquilas aguas del río, los *papelotes* de varios colores y diversas dimensiones se elevan en los aires; y es de ver la alegría de los rapacejos en el momento en que el viajero del espacio cabecea moviendo la inmensa cola con las acompasadas oscilaciones de un péndulo. ¡Y qué infinita variedad de tamaños y de colores! Unos tienen siete como el arco iris, otros un solo y deslumbrante color, cuales tricolores. . . . . ¡qué sé yo! . . . . . la imaginación é industria de los niños no tienen punto ni base ni medida para estas cosas. El pobre recurre al papel de periódico—que no siempre ha de servir para envolver en las tiendas—ó al de estraza,

de un deslucido amarillo pálido, para hacer su *papelote*, el cual, para complemento de su pobreza, lleva por cola calandrajos y una que otra yerba cortada al azar en el medio de la calle y puesta en el extremo de contrapeso: para el pobre los lujosos juguetes son siempre pesadilla de niño en vísperas de día de Reyes. Cuanto al *papelote* del rico, lo ostenta de papel de *china* con muchos y chillones colores, potente y ronco zumbador, larga *pita* y rizada cauda, que en todo la vanidad encuentra campo para exhibir su soberbia, aún en lo más fútil y llano.

Pasados los primeros días de marzo, los *papelotes* bajan de los aires y los muchachos recurren al trompo. ¡Y qué de formas y de tamaños! ¡Con puntas aceradas como saetas y redondeces pequeñas como nueces sin cascar! Este juego dura por lo menos un mes; su temporada es relativamente corta; después divierte á los muchachos la rayuela y el infernáculo, los cuales juegos nada piden en brincos y saltos al tiro del disco en el gimnasio griego; cansados de la rayuela vuelven su entusiasmo á las *canicas*; con ellas juegan hasta octubre; esta tan larga duración determina el gusto que los granujas tienen por él.

Y en verdad que es divertido y bullicioso: reúnen cuatro ó cinco muchachos á la hora de salida de la escuela; conviéndose los cuales en jugar, y escogen sitio á propósito para hacerlo, como debajo de la sombra del árbol de vecina cerca, ó dentro de los arcos de extenso y ancho corredor; pintan en el suelo con simetría un cuadrado que llaman *ron*, (no sé si porque primitivamente fué la figura un rombo en vez de un cuadrilátero); en los extremos de sus cuatro ángulos rectos pone cada quién de los jugadores una canica.

—¡Está la mía!—dice el primero que llena el *ron*.

Comienza el juego ya que un zagalón callejero está sentado en el *pretel* del corredor viendo las tiradas.

—¡Soy mano!

—¡Sin trampa!

—¡Vámonos!

(Dos de los más pequeños se encucillan mientras los otros tiran.)

—¿Qué vale?

—¡Pedirla y menearla!

—¡Estoy largo y no me *planto*!

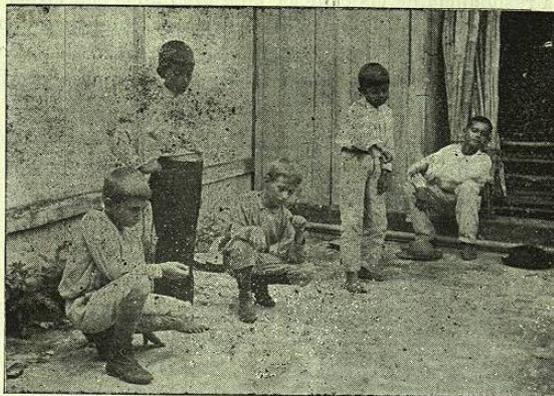
—Ya sabes, con la *bola*, ¡ahí queda!

—¡A la que agarre!

(Se oye la repercusión de las canicas y una queda dentro del *ron*.)

—¡¡Casa!!

(Los muchachos están sudorosos, arrojan los sombreros al suelo y siguen jugando; el grandullón desde su asiento no quita ojo del juego.)



—¡Por la mía..... si puedo!

—¡Zás!..... ¡jella es!

—¡Soy cola!

—¡Nada vale!

—¡Ya perdiste!

—¡Estoy *largo*!

—¡Zás, trás!..... ¡sonichi y trichi!

- ¡Pedirla, menearla y sin enterrarla!  
 —¡Casamiento en misa de once!  
 —¡Nó, nó, esa no vale!  
 —¡Adentro!.....  
 —¡Otra vez casa!  
 —¡Pongo por el tiro!  
 —¡Ah! ¡Como hermanitos! (Dos canicas quedaron juntas.  
 —¡No! ¡Ahí nó, que estás aquí!  
 —¡Recula por lo que avances!  
 —¡Zás!  
 —¡Qué bárbaro para el chuzo!

\* \* \*

La resonancia de las canicas chocando unas con otras, el sonar del dedo índice contra el cordial por un encogimiento de los otros dedos y por la agitación del brazo, las voces chillonas que se suceden rápidamente forman una algarabía aturdidora.

Sigue el juego:

- ¡Por el tiro!  
 —¡*Aí* está la mía!  
 —¡Tira tú, Lalo!  
 —¡Nó, si á tí te toca!  
 —¡Voy!..... ¡Por la que agarre!  
 —¡*Aí* te me quedas!  
 —¡Tiro!  
 —¡El es!  
 —¡Soy mano!  
 —¡Nó, á mí!  
 —¡Nó, que yo te puse por el tiro!  
 —¡Ese tirito!  
 —¡Sí! ¿No ves que no se vale?  
 —¡Son mías!  
 —¡No, mías!  
 —¡Ya se hizo *amo* del *ron*!  
 —¡No fué tuya!

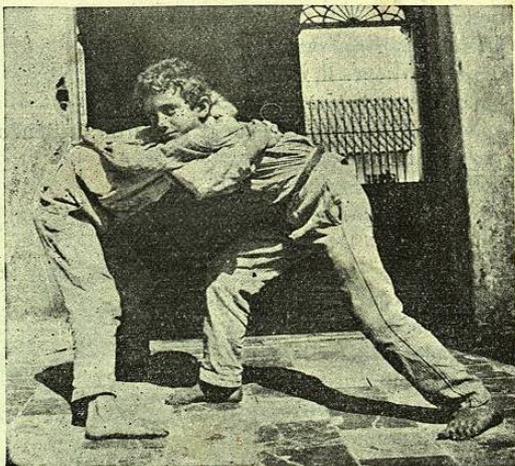
- ¡Nó, qué son mentiras!  
 —¡Que sí!  
 —¡Que nó!  
 (El más grande de los cuatro se hace dueño de las canicas de uno de los pequeños.)  
 —Dame mis canicas..... *sinvergüenzo*!  
 —¿Quién es *sinvergüenzo*?  
 —¡Tú, que me coges lo mío!  
 —¡Toma, por hablador!  
 Y el mocetón le da un puñetazo al chiquitín poniéndolo á verrequer lastimosamente.

El zagalón, que parecía indiferente á la disputa, se levanta con furia, echa los brazos por sobre las espaldas del rijoso, luchan por un momento entre amenazas y bufidos; los jugadores toman las de villadiego en presencia del *polecta*—que casualmente aparece por la esquina inmediata al sucedido—y los reñidores también, en viendo venir al guardián, ponen su diligencia en los piés para huir como gamos.

Estas riñas se suceden frecuentemente con perjuicio de una que otra muela sacada sin auxilio del dentista; algunas narices rotas por tan iracundo como fuerte puño; pero no por estas continuas y ruidosas desavenencias los jugadores de *canicas* abandonan el favorito *ron*; y los que fueron contrincantes en la mañana son inseparables amigos en la tarde, porque la niñez



olvida pronto las ofensas del prójimo sin percatarse del mandamiento del reverendo Ripalda, sino por la manifestación de su sensibilidad inmensa y desbordada.



Sobre todos los juegos infantiles del terruño están las *canicas*; ignoro si por la colectividad que se necesita para este juego, ó si por lo barato que cuesta tan sencillo juguete; sea de ello lo que fuere, la cuestión es que en las cuatro estaciones se juega, lo mismo en plena luz cenital que en las sombras del crepúsculo; lo propio en los ardorosos días del verano que en los nublados del invierno; creo—valga la hipótesis—que la predilección por las canicas reconoce por causa el que en la práctica de este entretenimiento todas las actividades del niño se ponen luego en función: allí gritan, corren, saltan, se encorvan, se estiran, gesticulan, ríen, lloran y se abofetean; la fuerza nerviosa, antes contenida, se dispara en vehementes exclamaciones y agitados movimientos; viene á ser al modo de los juegos olímpicos para estos

arrapiezos que en comunidad—que no rechaza categorías ni repugna pobreza—junta lo mismo al hijo del ricachón del pueblo que al del humilde jornalero.

¿Quién no ha jugado á las *canicas* en la edad de ir á la escuela?

¡El que no haya pecado, que arroje la primera piedra!



CAPÍTULO I: EL TERRUÑO